

# Disidencia y transgresión. Los poemas como prosas de Caballero Bonald<sup>1</sup>

JULIO NEIRA

(*Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid*)

## *Resumen*

La personalidad de José Manuel Caballero Bonald (1926) viene marcada por un señalado inconformismo vital, que en asuntos políticos y sociales se ha manifestado en su disidencia respecto al sistema establecido. Disidencia y oposición al régimen del Nacionalcatolicismo durante la dictadura de Franco, pero también respecto a la forma en que se produjo la transición al Estado democrático tras la muerte del dictador, por su disconformidad con la Ley de amnistía, que hizo tabla rasa de los crímenes de la posguerra y permitió el camuflaje como demócratas de señalados políticos franquistas. Esta disidencia se expresa en su obra mediante la transgresión del lenguaje poético, que se manifiesta con singular eficacia en los poemas dispuestos como prosas, sin cesura versal, en libros como *Descrédito del héroe*, *Laberinto de Fortuna*, *Anatomía poética* y *Desaprendizajes*.

*Palabras clave:* Caballero Bonald, disidencia, transgresión, poesía política, poemas como prosas.

## *Abstract*

The personality of José Manuel Caballero Bonald (1926) is marked by a clear vital nonconformity, which, in political and social matters, has manifested itself through his dissidence with respect to the established system. Dissent and opposition to the regime of National Catholicism during Franco's dictatorship, but also regarding the way in which the transition to the democratic State occurred after the death of the dictator, due to his disagreement with the Amnesty Law, which made a clean sweep of the crimes of the postwar period and allowed the camouflage as democrats of well-known Francoist politicians. This dissidence is expressed in his work through the transgression of the poetic language, which manifests itself with singular effectiveness in the poems arranged as prose, without caesura versal, in books such as *Descrédito del héroe*, *Laberinto de Fortuna*, *Anatomía poética* y *Desaprendizajes*.

*Keywords:* Callero Bonald, dissidence, transgression, political poetry, poems arranged as prose.

---

<sup>1</sup> El presente texto sistematiza y actualiza ideas contenidas en algunos de mis estudios anteriores sobre este poeta, como «Memoria, transgresión y retórica en el *Laberinto de Fortuna* de José Manuel Caballero Bonald», *Epos*, XXX (2014), p. 261-272; «*Anatomía poética*. Poemas como prosas. Poemas como puños», *El Duende. Suplemento de QIA*, nº 11 (marzo 2015), p. 23-24; «Una poética de la disidencia: Caballero Bonald y la transición política», María Payeras (ed.), *Fuera de Foco*, Madrid, Visor, 2016, p. 165-184. Sobre los aspectos biográficos, véase Julio Neira, *Memorial de disidencias. Vida y obra de José Manuel Caballero Bonald*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2014.

Si hubiera que destacar la principal característica de la personalidad de José Manuel Caballero Bonald y definir el rasgo primordial de su trayectoria como escritor, DISIDENCIA sería una de las palabras más exactas. Disidencia como persona y como ciudadano, y disidencia como poeta, que se trasmuta en transgresión como elemento sustancial de su poética.

Durante su infancia, tiempo de la guerra civil, y luego en la juventud en las siniestras décadas de la dictadura franquista, el poeta, nacido en Jerez de la Frontera (Cádiz) en 1926, sintió la necesidad imperiosa de enfrentarse a un sistema político que sojuzgaba a la población mediante la represión física, la inseguridad jurídica y la miseria moral de su ilegitimidad; sobre todo a partir de 1956, cuando, abandonada la ilusión de vencer al fascismo hispano mediante la lucha armada de los guerrilleros en las montañas, la oposición antifranquista impulsó una revuelta ciudadana que había de penetrar en la sociedad a través del mundo laboral y de la Universidad. A finales de los 50 y en la década de los 60 Caballero Bonald colaboró activamente en el frente universitario con el Partido Comunista, en el que nunca llegó a militar para sentirse libre de cualquier dogmatismo burocrático. No solo participó en el que podríamos denominar «frente poético» del PCE —homenajes a Antonio Machado, colección Colliure, antologías en favor de Cuba y de Vietnam, etc.—, sino que colaboró activamente en la elaboración de octavillas y pasquines, preparación de manifestaciones, asambleas clandestinas, etc., una de las cuales originó su detención en 1966 y su negativa a pagar la multa gubernativa le valió un mes en la prisión de Carabanchel.

Al morir el dictador Franco no se acabó la actividad disidente de Caballero Bonald. En representación del PCE fue miembro de la Junta Democrática, entidad en que se aglutinaron los partidos de ideología comunista, y luego de la llamada Platajunta, resultado de la convergencia con otros partidos de oposición, socialistas y liberales, lo que le ganó ser convocado por el Tribunal de Orden Público, vestigio de la represión gubernamental, ante el que tuvo que prestar declaración, aunque no llegaría a ser procesado. Asistió en primera fila al proceso institucional de la Transición, que se construyó a partir de una Ley de Amnistía en octubre de 1976 que cancelaba las responsabilidades de la guerra civil, y culminó con la aceptación generalizada de la monarquía parlamentaria de Juan Carlos I, que limpió la mancha de su origen franquista gracias a la Constitución de 1978, votada en referéndum y aprobada por una gran mayoría del pueblo español.

Caballero Bonald ha disentido siempre de esta opción reformista porque no estaba de acuerdo con la amnistía para los crímenes cometidos por el franquismo, ya que entendía que exoneraba a quienes habían perseguido, torturado o asesinado a cientos de miles de personas,

durante la guerra civil y en la cruel década y media que le siguió, y permitía camuflarse de demócratas a quienes habían sido cómplices de un régimen totalitario, ejecutor de crímenes contra la humanidad que ya quedarían impunes. La amnistía igualaba a las víctimas y a sus familias, represaliadas durante décadas, con sus verdugos. Así lo explicaba él en 2015:

La Transición fue un apaño, una compostura de urgencia: la derecha cedió algo para no perder nada y la izquierda aceptó algo para no perderlo todo, lo que se llama una soldadura de ocasión. No había un proyecto de futuro solvente y las cosas salieron bien por casualidad [...] La Ley de Amnistía prohibió juzgar los crímenes del franquismo y ahí empezó el ciclo de la impunidad. Tuvimos una larga cola de franquistas que amañaron sus biografías: resultó que todos eran demócratas. Siguieron en el poder más o menos los de siempre. El caso de Fraga es paradigmático: navegó por toda la democracia después de ser un cómplice del verdugo. La falta de un tribunal que juzgara esos crímenes permitió que el franquismo permaneciera latente<sup>2</sup>.

Por eso él no dejó de intervenir en el debate público, lo que le identificó como paradigma de intelectual activamente comprometido con la democracia en un momento histórico muy delicado por la presión de los atentados terroristas, tanto del independentismo vasco como de la extrema derecha, que compartían el objetivo de impedir la consolidación democrática.

Su defensa de los derechos humanos como directriz inexcusable para gobiernos y entidades sociales es la pauta básica de su activismo ciudadano. Por eso su defensa de la libertad, la justicia y la paz se traduce en la oposición a cualquier clase de belicismo y le llevó a disentir del ingreso de España en la OTAN en los ochenta, a oponerse a las guerras de los Balcanes y del Golfo en los noventa, a las de Afganistán e Irak en los 2000 o a la de Siria y las atrocidades del Estado Islámico en Medio Oriente en la actualidad. De igual modo rechaza las políticas neoliberales que ahondan las desigualdades y castigan a las clases desfavorecidas recortando el estado del bienestar en la Unión Europea.

También su poesía se ha caracterizado siempre por una actitud de disidencia estética, por la rebeldía ante lo consabido, por la insumisión a las modas más o menos promocionales. En 1964 fue de los primeros en abandonar la estética realista con la que los autores de la llamada Generación del 50 pretendían contribuir a la acción política antifranquista; y no dudó en apostar decididamente por la experimentación del lenguaje como esencia del acto creador, a base de trascender la semántica de la lengua más allá de los límites de su uso cotidiano, para dotar al lenguaje poético de una nueva dimensión de la sensibilidad artística. Gustoso de ir contra el signo poético de los tiempos, mantuvo en las décadas 80 y 90, dominadas por el realismo meditativo y el retorno a la cotidianidad expresiva, su apuesta por el extrañamiento sémico del

---

<sup>2</sup> Javier Rodríguez Marcos, «José Manuel Caballero Bonald: “La Transición fue un apaño”». *El País* (18 marzo 2015), p. 44.

lenguaje poético. Y hace apenas unos años, en un tiempo poéticamente dominado por la depuración expresiva y con tendencias a la esencialidad de lo inefable, publicó un libro absolutamente inusual: *Entreguerras o de la naturaleza de las cosas*, largo poema autobiográfico de casi tres mil versos, que fundamenta su estilo en imágenes de sorprendente exuberancia barroca. Ambas disidencias, la del ciudadano libre y progresista frente a las arbitrariedades del poder reaccionario y la del escritor leal a su inequívoca voluntad de estilo frente a las modas, se funden en su obra poética. Por eso en sus libros se manifiesta, con más o menos ambages retóricos, su tozuda insumisión a las prescripciones de la realidad.

La transgresión de las normas y prescripciones más o menos consolidadas por el canon retórico, o sencillamente consuetudinario, es patente en el conjunto de su obra literaria, en sus narraciones y ensayos, pero sobre todo en su poesía, en especial a partir de «Nuevas situaciones», la última sección de su libro recopilatorio *Vivir para contarlo* (1969), que prefiguraba ya el que sería uno de sus poemarios cumbre: *Descrédito del héroe* (1977), donde, tras una larga gestación de catorce años después de *Pliegos de cordel* (1963), la ruptura con la poesía realista es total e irreversible. De los sesenta y un textos que forman el libro, ocho adoptan la forma de prosa. Estos ocho textos, a su vez serían el antecedente para el siguiente libro de Caballero Bonald, *Laberinto de Fortuna*, formado exclusivamente por poemas con apariencia de prosa, lo que si no excepcional en la poesía española contemporánea —todos tenemos en la memoria *Ocnos* de Luis Cernuda y *Espacio* de Juan Ramón Jiménez—, sí era al menos poco habitual.

El poeta adopta esta forma para poemas de carácter más narrativo, en los que el periodo se alarga y la sintaxis precisa expandirse más allá incluso del flexible marco de la silva libre impar. Son aquellos en los que las alusiones histórico-legendarias se hacen más abundantes y se enlazan como en una espiral subordinante que potencia una realidad histórica imaginada, que suele contrastar con la degradada realidad del presente, como ocurre en «Descrédito del héroe» e «Inutilidad de los antídotos». También se sirve el poeta de ese esquema más libre para la sátira política en «Servicio prestado», para cierta autoparodia en «Defecto de forma», para la construcción de un mito fundacional de prestigio a su querida Doñana/Argónida en «Navegante solitario», y para el texto más descriptivo, «Crónica de Indias», en el que la memoria de su experiencia de la selva colombiana arropa el recuerdo de su último encuentro con Camilo Torres, el sacerdote universitario guerrillero.

Es en estos poemas donde se produce la máxima disidencia estética con los postulados del realismo que habían fraguado su promoción a finales de los años cincuenta; aquellos a los que más se acerca a la poesía que escribían los jóvenes de los setenta, si bien desde perspectiva y

objetivos bien distintos; esos son los textos que despertarían más interés en las nuevas promociones. Opción estética seguida a partir de la década de los ochenta, por ejemplo, con excelentes resultados por Rafael Pérez Estrada (Málaga, 1934-2000) en una poesía de gran carga imaginativa. Mas tanto en los poemas en verso como en los presentados como prosa se manifiestan similares características estilísticas, todas ellas en línea con la búsqueda de la precisión significativa, pero también con la aspiración a una poética de signo barroco mediante la profusión de procedimientos estilísticos. Así, como en los poemas en verso también en estos textos documentamos la expresión de la adjetivación por medio de un esquema sintáctico reiterado en secuenciaciones paralelísticas que actúa como estructurador del lenguaje poético: <artículo + adjetivo + sustantivo + de + artículo + nombre>, con variaciones en la ubicación del adjetivo respecto al sustantivo: antepuesto o pospuesto. Baste un ejemplo significativo, el del poema «Segundo círculo», donde se lee: «la impúdica sombra del murciélago [...] una viscosa alegoría genital de procedencia intrauterina [...] un furtivo arañazo de lince [...] una lengua retráctil de arabigoandaluza [...] un cierto amago del delirio»<sup>3</sup>.

En 1968 Caballero Bonald había dejado clara la raíz disidente de su creación literaria al responder al cuestionario para la *Antología de la nueva poesía española*, elaborada por José Batlló:

Toda literatura nace del planteamiento de un conflicto entre el escritor y la realidad. Mi poesía y mi novela también han pretendido ser, a este respecto, la formulación de una personal experiencia conflictiva. Y no puedo escribir si no me siento en la inminente necesidad de defenderme de algo con lo que estoy en radical desacuerdo. El acto de escribir supone para mí un trabajo de aproximación crítica al conocimiento de la realidad y también de una forma de resistencia frente al medio que me condiciona<sup>4</sup>.

No extrañaría que en *Laberinto de Fortuna* (1984) diera una respuesta poética contundente a las vicisitudes de la realidad política española en ese periodo de tránsito desde un régimen dictatorial a un sistema democrático, del fin del franquismo al triunfo del PSOE y el primer gobierno de izquierdas después de la República; pero también fueron los años del camuflaje de los ejecutores de la represión como demócratas de toda la vida que pretendían dar lecciones de parlamentarismo. Como Manuel Fraga Iribarne, el ministro de Información y Turismo de Franco que en 1963 justificó el fusilamiento del comunista Julián Grimau y mantuvo el enfrentamiento público con los intelectuales que habían firmado un manifiesto en solidaridad con los mineros asturianos y sus mujeres, represaliados por la guardia civil. Fraga se reconvirtió

---

<sup>3</sup> José Manuel Caballero Bonald, *Somos el tiempo que nos queda*, Barcelona, Seix Barral (Colección Austral), 2011, p. 285.

<sup>4</sup> José Batlló, *Antología de la nueva poesía española*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968, p. 332.

en fundador y presidente de Alianza Popular, el actual Partido Popular, que siempre se ha negado a condenar el franquismo. Desde entonces, para Caballero Bonald Fraga ha sido el paradigma de la impunidad y la injusticia de la Transición.

Por eso, en ese libro y en los poemarios que le siguieron, en verso (*Diario de Argónida*, 1997, *Manual de infractores*, 2005, *La noche no tiene paredes*, 2009, *Entreguerras*, 2012) o como prosa (*Anatomía poética*, 2014, *Desaprendizajes*, 2015), son abundantes los alegatos contra toda manifestación de intransigencia ideológica, de imposición de una conciencia monolítica, de coacciones a la libertad del ser humano para el mantenimiento de una sociedad organizada sobre el beneficio del capital a costa del sufrimiento de los más débiles, o contra la hipocresía de los poderosos, sus acólitos y las jerarquías eclesiásticas para sostener un poder terrenal fundado en la promesa de una liberación ulterior. Con singular énfasis denuncia la esencia del Nacionalcatolicismo, el régimen que había mantenido España sometida a la complicidad de militares y eclesiásticos, y su intento de pervivencia en la transición; como en «Conquistas»: «¿Los que heredaron cruces y venablos son los mismos que heredan todavía armas de fuego y pilas bautismales?»<sup>5</sup>) y en «Santo Oficio»: «Alrededor de las persecuciones hay siempre un subrepticio vendedor de jaculatorias»<sup>6</sup>; así como rechaza el relato justificador del totalitarismo en «Mientras tanto todavía»:

También esa historia fue amañada por sus protagonistas [...] atribuyó el triunfante a su exterminio sino abyectos deberes de conciencia, cobardes militancias apostólicas, fueros de un latrocinio que la misma cultura consagrara: ese instinto culpable que yo también un día recibí como herencia de los míos<sup>7</sup>.

En *Laberinto de Fortuna* Caballero Bonald fustiga con acritud y sarcasmo la mediocridad de los administradores, o la degradación de la vida pública y el servilismo de los políticos, como en «Bloque genético» («esa gloria no efímera que encumbra por igual a petimetres, atletas, locutores, caciques [...] una herencia de fámulos asegura también el galardón adicional de la obediencia ciega»<sup>8</sup>). Proclama la necesidad de una insurrección moral frente al dogmatismo estatuido y defiende el valor de la rebeldía: «sublevarse sin más contra los mandamientos de esa abyecta invasión de bienpensantes»<sup>9</sup> («Opus equis»). El rechazo de las verdades inmutables («ninguna verdad es la misma dos veces», «Ítem más»<sup>10</sup>; «nunca es del todo fidedigno lo que

---

<sup>5</sup> José Manuel Caballero Bonald, *Somos el tiempo que nos queda*, cit., p. 391.

<sup>6</sup> *Ibid*, p. 405.

<sup>7</sup> *Ibid*, p. 449.

<sup>8</sup> *Ibid*, p. 418.

<sup>9</sup> *Ibid*, p. 408.

<sup>10</sup> *Ibid*, p. 450.

no admite dudas»<sup>11</sup>, «Sumario cero») y el elogio de la independencia de criterio personal se convierten en principio de sus convicciones: «no creer en nada parecido a esa virtud mugrienta que arrastra a los gregarios»<sup>12</sup> («Ítem más»). En todos los casos la clave paródica le aproxima a la tradición satírica de clara estirpe barroca. Esa indesmayable actitud crítica ante los desafueros de la realidad social le convirtió en un referente inexcusable de intelectual progresista comprometido con su tiempo.

Desde un principio José Manuel Caballero Bonald fue consciente de que la esencia de la poesía es el lenguaje. En él y no en el contenido, ni en la anécdota que lo genera, se centra la verdadera naturaleza del fenómeno poético. Esa convicción culminaría en *Entreguerras* (2013) con un extraordinario ejercicio de transgresión vivificadora del lenguaje establecido, demostrativo de que la belleza de la expresión es compatible con la dureza o sordidez de lo expresado, y que no es cierto que haya que depauperar la palabra poética para alcanzar un eficaz proceso de comunicación, lo que le vincula directamente con cimas de nuestra lírica como Quevedo o Góngora. La convicción de Caballero Bonald es que ética y estética no son opuestos que se rechacen, sino formantes indisolubles de la dignidad del creador artístico.

Por eso la disidencia de los textos de *Laberinto de Fortuna* va ligada a la transgresión que supone experimentar con los límites del verso y darle aspecto de prosa, cuando no lo es. No se trata ni de poemas en prosa ni de prosa poética, sino de poemas cuyos versos se disponen continuados, sin su habitual distribución lineal. Es la misma silva libre impar que caracteriza sus otros poemarios, sólo que sin cesura versal. Esto creó no pocas disquisiciones sobre el género de los textos en las primeras reseñas, pero un análisis mínimamente riguroso detecta enseguida el procedimiento, con el que Caballero Bonald llama la atención sobre el hecho de que la naturaleza del fenómeno poético no estriba en la disposición gráfica, sino en su ritmo interno. Bastarán dos ejemplos: el poema «Una parte de la verdad», cuya composición a base de heptasílabos, enneasílabos, endecasílabos un alejandrino y un tridecasílabo señalamos a continuación:

En Siracusa conocí a Almaunía, [11] hija de hijos de relapsos [9] y afamada lobezna. [7]  
Desdeñosa de pronto [7] en su enfermiza etapa de reclusa [11] y siempre disponible [7]  
cuando el alba encendía las charcas del Anaso, [7+7] su desnudez era más bien un modo  
[11] de ir mostrando las úlceras [7] que dejara en su vientre el vasallaje. [11] Tan despacio  
la amé y tan quejumbrosamente, [13] que no conservo de ella otro recuerdo [11] que el  
ladino estupor con que decía: [11] no es nada grave, estoy muriéndome. [9]<sup>13</sup>

---

<sup>11</sup> *Ibid*, p. 404.

<sup>12</sup> *Ibid*, p. 450.

<sup>13</sup> *Ibid*, p. 369.

Y «Zephyrum», compuesto a base de heptasílabos, eneasílabos, endecasílabos y un alejandrino:

Cero inflexible que regula [9°] el sobrante numérico de nada: [11°] pretexto fronterizo de la ausencia: [11°] su silencio remite a otra pauta [11°] más neutra de silencio: [7°] magnitud que comienza donde acaba: [11] esa contravención del infinito [11°] que oculta una contraria geometría: [11°] el vacío es simétrico: [7°] su nulidad se nutre de su propia carencia: [7°+7°] cifra nonnata y número perpetuo: [11°] mi negación y mi palabra. [9°]

La naturaleza poética de un texto no depende de su disposición gráfica, sino de las características profundas de su proceso creador, de que en él intervengan elementos como el ritmo métrico y los procedimientos retóricos, que transmutan el lenguaje hasta subordinar su función más pragmática a la obtención de una dimensión metalingüística en la que es el lenguaje mismo el que se convierte en materia del texto, y ya no se describe una realidad exterior, sino que se expresa una realidad nueva que solo existe en el poema. Los dos últimos «versos» de «Zephyrum» («cifra nonnata y número perpetuo: mi negación y mi palabra.»<sup>14</sup>) son una buena muestra de cómo Caballero Bonald emplea los mejores recursos estilísticos de la retórica clásica al servicio de una poesía de tan rompedor contenido: así sucede en este ejemplo con la bimetración paralelística, que refuerza la esticomitía del verso con la simetría sintáctica, que tan buenos resultados ha dado desde la lírica renacentista. Hace unos años tuve ocasión de señalar la abundancia de este tipo de recursos estilísticos, propios de la poesía y no tan frecuentes en la prosa, y de qué manera construyen el lenguaje poético de *Laberinto de Fortuna*<sup>15</sup>.

En 1986 el Cabildo de la isla de Santa Cruz de Tenerife publicó el volumen *Los personajes de Fajardo* (1986), obra compuesta por dibujos del pintor canario José Luis Fajardo y textos de Caballero Bonald, en una edición minoritaria y malograda, que acabó destruida en la inundación de un almacén portuario sin haber sido distribuida, como naufragan tantas otras iniciativas editoriales oficiales. Ese libro fue recuperado y notablemente ampliado en noviembre de 2014 bajo el título de *Anatomía poética*. Dibujos y poemas dialogan sin servidumbre, en pie de igualdad. Ni los textos describen las imágenes, ni estas los ilustran, pero ambos presentan unidad temática: la realidad social y sus esperpénticos protagonistas, cumpliendo el lema de Horacio: «*ut pintura poesis*».

Por más que el escritor jerezano no conceda a este libro rango semejante al de la excelente serie de sus poemarios, no sería justo menospreciar *Anatomía poética*, porque sus semblanzas de inidentificados personajes, siempre irónicas cuando no despiadadamente satíricas, presentan

---

<sup>14</sup> *Ibid*, p. 378.

<sup>15</sup> Julio Neira, «Memoria, transgresión y retórica en el *Laberinto de Fortuna* de José Manuel Caballero Bonald», *Epos*, XXX (2014), p. 261-272.



con precisión las características más genuinas de su universo creativo: la voluntad estilística transgresora y la conciencia crítica, que convierte su literatura en un lúcido alegato contra prescripciones y dogmas de toda índole, cuando no en un modelo de desacato cívico a los atropellos del poder. Además, este volumen recupera poemas de *Descrédito del héroe* («Inutilidad de los antidotos», «Segundo círculo», «Defecto de forma», «Descrédito del héroe», «Servicio prestado» y «Presente histórico») y de *Laberinto de Fortuna* («Bloque genético», «Culturas diagonales», «Me hago cargo», «Santo Oficio», «Medborgarplatsen» y «Femme nue»), algunos con cambio de título.

Los textos de *Anatomía poética* son buen ejemplo de cómo el poeta rompe las reglas del lenguaje para alumbrar la realidad, convencido de que: «La transgresión de la lógica conduce al predominio de la maravilla» («No sin ser deformada puede la realidad exhibir sus enigmas»)<sup>16</sup>. Y, de nuevo, son plenamente identificables los esquemas métricos de la silva libre impar. Algunos de ellos, incluso, fueron publicados antes en su habitual forma poemática, como «Del presente histórico», texto que en *Descrédito del héroe* se denominó simplemente «Presente histórico».

*Anatomía poética* contiene excelentes muestras de la naturaleza reactiva de la poesía de Caballero Bonald, que mantiene incólume su rechazo visceral a los resabios totalitarios, las martingalas institucionales y el detritus moral de sus representantes; a la hipocresía casi encostrada en sus hábitos de actuación, acrecentada en estos últimos tiempos con una convicción de impunidad que exaspera a la ciudadanía; al camuflaje democrático con que algunos se presentaron en las postrimerías del franquismo y la Transición, que no ha resistido la prueba del ejercicio del poder:

Aquel que fue llamado el execrable resucita regularmente en días nefastos y fiestas de guardar. Aquel que exterminó durante décadas a incalculables partidarios de la vida, reaparece ya muerto en tertulias, parroquias, antecorredores ministeriales, mítines eucarísticos, cuartos de banderas [...] A su paso salen a relucir leyes retrospectivas, fusiles herrumbrosos, coágulos de sangre, mazmorras, relicarios. Cuentan que no existe vendaje capaz de reducirlo a la condición de momia. Y por ahí sigue, restableciendo al cieno con nuevos y copiosos excedentes de cieno» («Excedentes de cieno»)<sup>17</sup>.

No era intrascendente que, en 2014, tras tres años de gobierno del Partido Popular recuperase algunos textos escritos en los estertores del franquismo y publicados en *Descrédito del héroe* (1977) y *Laberinto de Fortuna* (1984), como «Inutilidad de los antidotos», «Servicio prestado», «Del presente histórico», «Héroe en la pira», «Vendedor de jaculatorias», etc., que mantienen

---

<sup>16</sup> Caballero Bonald / Fajardo, *Anatomía poética*, Madrid, Círculo de tiza, 2014.

<sup>17</sup> *Ibid*, p. 84.

una sorprendente actualidad porque siguen vigentes en gran medida las situaciones que los originaron. La voz de Caballero Bonald vuelve a ser un iracundo puñetazo en el plexo de la sociedad, con la contundencia de sus convicciones y el dominio de un talento vitalísimo, que dotan al libro de un valor y un interés muy superiores al de un ejercicio literario de circunstancias. Poemas como «Patriotas de larga duración», «Pedestal de impostores», «Variante urbana de la hiena», «Aduladores sin paliativos», «Culpables en vías de expansión» o el ya mencionado «Excedentes de cieno» son denuncias clamorosas del estado de cosas que tanta indignación viene produciendo a la ciudadanía, de sus causas —una transición política resuelta en maquillaje y no en cirugía— y de sus responsables.

En 2015 apareció *Desaprendizajes*, compuesto por los que Caballero Bonald definió en su presentación en una librería de Madrid como «unos poemas dispuestos tipográficamente como si fueran prosa»<sup>18</sup>. En este volumen se constata, incluso, una mayor presencia de textos de temática social y política que en los libros anteriores: al menos en una veintena «hay lugar para la rabia, la rebeldía y la crítica al poder que alimenta el oprobio, la zafiedad y la corrupción» de la España actual, en palabras de Alejandro López Andrada<sup>19</sup>. En suma, en sus versos se expresa una crítica de la moral cívica para la que su acreditada coherencia personal habilita como a pocos. Contra lo que pudiera pensarse por la mucha edad alcanzada por el autor, no se trata de un libro epigonal y excedentario, sino todo lo contrario. Estamos ante una obra plena de vigor tanto por su contenido y su intención como por su expresión verbal. Es el Caballero Bonald en plenitud de conciencia, que no se resigna, que denuncia con la claridad y contundencia de siempre y con su acreditado dominio del lenguaje.

En *Desaprendizajes* también se manifiestan las trágicas consecuencias de la crisis económica: el incremento de las desigualdades sociales, la pobreza extendida en amplias capas de la sociedad, que nos retrotrae a décadas de miseria supuestamente superada para siempre. La idea de que el pasado franquista pervive en la política actual asalta al poeta como una pesadilla recurrente, pero no parece obsesión patológica, sino buena capacidad de percepción de la realidad. Algunas de las medidas del último gobierno del Partido Popular le recuerdan con viveza los tiempos de la dictadura, como la llamada «Ley mordaza», que pretendía silenciar las protestas y las manifestaciones ciudadanas con sanciones de vario tipo, según denuncia el poema «Seguridad ciudadana», donde resuenan los ecos del tiempo en que Fraga Iribarne era ministro y con el que el presente ofrecía lamentables coincidencias:

---

<sup>18</sup> «Hace tiempo que no me quiero callar», *El País*, 25 marzo 2015.

<sup>19</sup> Alejandro López Andrada, «El pozo de la luz», *Cuadernos del Sur. Diario Córdoba* (4 mayo 2015), [s. p.].

Declina la indecisa luz del día, se acentúan las pródigas instancias nocherniegas, y allí mismo segregan su inmundicia los tan amordazantes mandamientos que promulgan lacayos y beatos. Qué hacer para esquivar la disonancia obscena de esas leyes, la sórdida seguridad donde cohabitan todos aquellos que prefieren enmudecer. Como en fragosos tiempos de miseria, los indóciles serán un día condenados a esa aborrecible variante de destierro que se llamó ostracismo<sup>20</sup>.

Reaparece la idea del regreso de la coalición sustentada en el pensamiento único de la España eterna, dogmática y represora, («los mixtos de majadero y santurrón»<sup>21</sup>), que se ejemplifica en el cambio producido en la ciudad de Madrid, desde la urbe abierta y progresista de los años ochenta a la corte conservadora y anacrónica en que parecía haberse convertido en los últimos decenios, proceso descrito en «Ciudad de sectarios» con lenguaje inspirado en el Valle Inclán de los esperpentos:

[...] ha ido adocenándose, envileciéndose conforme acudían a su arrimo gregarios de varia catadura, jercas escoltados por sus correspondientes moscas de muladar, híbridos de clérigo y conmitón, cabreros pertrechados del poder de los truhanes, todo un censo abominable engrosado en los últimos lustros con nuevos prosélitos y consanguíneos<sup>22</sup>.

En este libro postrero Caballero Bonald nos ofrece la densa y desalentada reflexión que extrae de su preocupada vivencia de la realidad española y mundial, decantada poéticamente de nuevo en un lenguaje vigoroso, leal a su firma verbal más personal, irreverente, insumiso a cualquier imposición, en el que su mucha edad no deja más huella, si acaso, que una mayor intensidad expresiva. La suya es una poesía sin concesiones estilísticas a norma alguna, tan sólo guiada por su propia voluntad creadora; y sin concesiones a ninguna corrección política, tan sólo atenta a su propio sentido de la dignidad humana y a sus convicciones.

Cuando estas líneas se escriben José Manuel Caballero Bonald acaba de cumplir noventa y dos años y mantiene una quebrantada salud física, pero una excelente lucidez mental. En los últimos diez ha ido aplazando sucesivamente la amenaza de haber publicado su último libro. Ahora asegura haberla cumplido con *Examen de ingenios* (2017), un volumen de semblanzas de personajes conocidos a lo largo de su vida, en la tradición de *Españoles de tres mundos* de Juan Ramón Jiménez. En todo caso hay que agradecerle la presteza con que no ha dejado poéticamente impunes los desmanes de la realidad española del último medio siglo.

Madrid, noviembre de 2018.

---

<sup>20</sup> José Manuel Caballero Bonald, *Desaprendizajes*. Barcelona: Seix Barral, 2015, p. 22-23.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 86.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 52.